

EL MUCHACHO QUE ERA SIEMPRE EL MEJOR

Alberto tenía una extraña idea en su mente: estaba seguro de que cualquier cosa que hacía o decía era siempre lo mejor.

Siendo un niño todavía pequeño le decía a su mamá - ¿No crees que tengo dientes más filosos que los demás chicos?

Otra vez dijo:

- Mamá, puedo comer más rápido que cualquier otro chico en el mundo, ¿no es cierto?

Cuando creció un poco más, dijo un día:

- ¡Qué rápido que ando en mi bicicleta! Más rápido que ningún otro, ¿no es cierto, Mamá?

Y siempre estaba seguro de que podría hacer mejor casas con sus ladrillos de juguete que cualquier otro muchacho del barrio.

No lo vas a creer, pero una vez dijo que estaba seguro de que su perro tenía mucha mejor estampa que todos los perros del mundo, lo que hizo que todos se rieran de él.

Naturalmente, todo esto parecía muy divertido, pero a la mamá de Alberto no le gustaba mucho: Nadie desea estar cerca de alguien que se alaba a sí mismo todo el tiempo, y cuanto antes aprendan los chicos -y las chicas- esta lección, mejor será para ellos. Por lo menos, eso era lo que pensaba la madre de Alberto, y trataba de encontrar la forma de hacer que su muchachito lo entendiera también.

Un día le dijo que estaba pensando hacer una fiesta sólo para él, y que invitaría a dos o tres muchachos que él no conocía.

Alberto estaba contentísimo, y esperaba el día de la fiesta con verdadera impaciencia.

- Mamá - dijo un día -, estoy seguro de que mi fiesta será la mejor que alguien haya tenido alguna vez.

-Creo que sí -dijo la mamá con un guiño.

Por fin llegó el gran día, y exactamente a tiempo llegaron a casa tres de los muchachos más agradables que Alberto hubiera visto alguna vez. Eran tan atentos y amigables que deseó que pudieran quedarse siempre a jugar con él.

La mamá había preparado muchos juegos y carrera: que todos participaran y lo hacían con gran bullicio que resonaban por toda la casa y el jardín.

Después de un rato la mamá comenzó a notar extraño en la mirada de Alberto, como si no estuviese todo conforme con algo. Pero por el momento no dijo nada. Los organizó para una carrera por el jardín, hasta el manzano ida y vuelta. Salieron corriendo tan rápido como podían, pero aunque Alberto corrió todo lo que pudo, tuvo que conformarse con llegar el último.

Lo mismo ocurrió cuando llegó el momento de correr en su pequeña bicicleta, mientras la mamá tomaba el tiempo con su reloj. A veces Alberto llegaba segundo o tercero pero nunca podía ser el primero.

Cuando fue la hora de entrar a la casa, se pusieron a jugar con los ladrillos de plástico de Alberto, y Mario, uno de los visitantes, hizo un castillo tan hermoso que hasta Alberto tuvo que reconocer que era mejor que el suyo.

Cuando llegó la hora de comer, Alberto, que había quedado atrás en todos los juegos, quería ganar a sus amigos en alguna cosa, aunque fuera comiendo más rápido que ellos. Comenzó a comer tan rápidamente que la mamá tuvo que decirle que tuviera cuidado o podía atragantarse.

Por fin llegó la hora cuando los visitantes debían irse. Cuando se fue el último, la mamá le preguntó a Alberto si había disfrutado de la fiesta.

-Oh, sí, bastante -dijo, mirando por la ventana.

- No te sentías realmente feliz, ¿verdad? -dijo la mamá.

- ¿Cómo lo sabes? -preguntó Alberto sorprendido.

- Lo podía ver en tu rostro -dijo la mamá -; y creo que sé por qué.

- No pasaba nada, realmente, Mamá -dijo lentamente Alberto, tratando con mucho esfuerzo de parecer inocente.

- Yo creo que sí -dijo la mamá -. No te gustó que tus amigos ganaran las carreras e hicieran otras cosas mejor que tú.

Alberto quedó en silencio, y la mamá comprendió que había tocado un punto sensible.

- Fíjate, querido. La única vez que fuiste más rápido que los demás fue cuando devoraste la comida, y te aseguro que eso no fue muy delicado que digamos.

Alberto se sonrojó. Se sentía bastante incómodo. La mamá quedó en silencio también.

- Tienes que entenderlo, querido -dijo luego-. Nadie puede ser el mejor en todo. Yo no puedo. Tú tampoco puedes. No sería lo mejor para nosotros. Y si esperamos ser siempre primeros y mejores, nunca estaremos realmente felices, porque siempre veremos a alguien que va delante de nosotros. Por supuesto, podemos ser los mejores en algunas cosas, pero debemos estar siempre dispuestos a aceptar que otros pueden ser mejores en otras cosas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

-Mmmm -dijo Alberto.

La mamá no pudo darse cuenta si era sí o no, pero aparentemente Alberto aprendió la lección, porque después de eso ella ya no le escuchó hablar demasiado de ser el mejor.